

amoratada escondía los ojos entornados por el cansancio físico. Los pelos del bigote, hartos de estar rectos, caían desmayados sobre la boca flácida. Conservaba su rostro las señales de una nobleza desvencijada.

Por la parte exterior, la fechada era de juguete: blanca, pequeña y riente. De los guijarros quisieron salir flores. Y se quedaron en musgo sudoroso. Coronando la puerta resistente un rótulo lloriqueante: Escuela, decía. Más abajo, alguien, con no muy buena fe, escribió de prisa: Mansión del microbio.

El reloj prehistórico del Ayuntamiento dió las once. A la calle llegaban los cánticos descompuestos de los niños.

—Una y una, dos; una y dos, tres; una y tres, cuatro...

Y la calle repetía las voces con tono de organillo roto.

Habría canturreado las tablas de sumar y restar. Se hizo una pequeña pausa. Un rayo delgadísimo de sol entraba por la ventana de tronera, abierta con el filo de un cuchillo. A su alrededor, el polvo jugaba alegremente. El rayito —oro y música— acariciaba los ojos negros de Pepito. El niño aceptaba las caricias. Coquetonamente se escondía, para después volver a buscar sus mimos calientes. Mimos de regazo de madre.

—Vamos a cantar ahora la tabla de multiplicar. Una por una es...

A don Julián le subió una voz meliflua. Los niños, sedientos de juego, empezaron a reír. Menos Pepito que, entretenido con su rayito de sol, sonreía plácidamente. Y no se ocupaba de lo que pasaba en la calle.

Trepaba furiosamente la irritación por la nariz asabañonada de don Julián. Blasfemó casi correctamente. Le rechinaron los pocos dientes que conservaba sus encías blancuzcas. Quisieron resucitar del tradicional letargo los ojos. Dió un puñetazo en la mesa. La mesa se quejó resignadamente. Los rostros de los niños estaban parapetados en el rictus del miedo. Parpadeaban muchos ojos asustados. Pepito seguía riendo dulcemente al rayito maternal.

—Ese tonto todavía sigue riendo. El bobo de Pepito tenía que ser.

Pepito, al sentir su nombre, botó en el asiento. El maestro le miraba con expresión aterradora.

—Sal inmediatamente aquí.

Medrosamente, comiéndose con la boca un dedo, y con los ojos el delantal rayado, Pepito se acercó a la mesa del magister.

—Ponte de rodillas con los brazos en cruz.

—Si yo no he hecho nada, don Julián.

—No has hecho nada, y te estabas riendo de mí, so desvergonzado.

—Yo no me reía de usted.

—Entonces ¿de qué te reías, pedazo de tonto?.

—No me reía de nada.

—Además de sinvergüenza, miedoso. Dime quiénes eran los que se refan.

—Yo no lo sé.

—Pues ahí vas a estar hasta que lo digas. Venga, a hincarse de rodillas he dicho.

Sus compañeros le miraban con lástima. Las miradas alentaban a Pepito a conservar su rebeldía. No quería pasar por la humillación de arrodillarse. Los pescozones del maestro le hicieron caer dos veces al suelo. Y se levantaba con rabia impotente. Despiadadamente, el puntero pedagogo buscaba con afán los dedos sonrosados del niño. La fortaleza de su carácter refunfuñaba acremente al dolor.

—Está bien, niño sin educación. Te quedarás aquí sin comer.

Rasando con la cabeza del maestro, un Crucifijo. El Crucificado miraba compasivamente al niño. Por las frentes de Pepito y Cristo caían gotas de sudor frío. El frío de la incomprensión y la barbarie.

(CONTINUARA)